

Rolf Foerster G.**
 Jorge Iván Vergara***

Durante el 2001, la cuestión mapuche pareció no presentar novedad alguna respecto de años anteriores. En los medios de comunicación se mantuvo presente de la misma forma: a través de imágenes de tomas de fundo, quema de casas patronales, juicios y encarcelamientos de dirigentes de la Coordinadora Arauco-Malleco o el Consejo de Todas las Tierras. No sólo los acontecimientos se repitieron, también sus protagonistas. Son prácticamente las mismas comunidades (Temulemu, Lleu-Lleu, entre otras) y organizaciones las que han participado en las acciones y reivindicaciones mapuches. En lo que respecta al llamado "conflicto mapuche", la dinámica de movilización, represión y negociación esconde un inmovilismo básico: ninguno de los actores participantes quiere modificar el papel que ha representado hasta ahora. Muchos analistas críticos de la mantención e irresolución de este conflicto¹. En esta ocasión queremos concentrarnos más bien en el propio pueblo mapuche y en sus posibilidades de contribuir a una transformación favorable a sus demandas de reconocimiento.

En comparación con otros movimientos sociales (sindical, campesino, poblacional, de derechos humanos, etc.), los mapuches son uno de los pocos que han podido mantener durante los últimos doce años un importante grado de autonomía y de movilización frente al Estado². Sin embargo, si se observa su dinámica en una perspectiva temporal de mediano-plazo—digamos, desde 1997 a la fecha—se constata que no ha logrado hasta ahora incorporar a su lucha a amplios sectores de la sociedad mapuche. La movilización sigue estando restringida a ciertas comunidades, organizaciones y sectores. También se revela su debilidad para modificar los términos en que el Estado chileno define las relaciones con los pueblos indígenas del país. La cuestión mapuche sigue siendo entendida dentro del marco de la actual ley indígena, como una problemática de minorías étnicas. No ha habido desde 1994 ninguna alteración sustancial de la política indígena, encauzada principal aunque no exclusivamente a través de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena³. Los intentos de crear instan-

* Este artículo fue elaborado en el marco del proyecto FONDECYT N°1000024: *¿Demanda étnica o demanda etnonacional mapuche?* Agradecemos a Jorge Vergara Estévez sus comentarios y sugerencias.

** Departamento de Antropología, Universidad de Chile.

*** Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Arturo Prat.

¹ Puede mencionarse aquí a José Aylwin, José Bengoa, Jorge Calbucura y José Marimán, entre muchos otros.

² Obviamente, esto tiene que ser considerado en una perspectiva regional, dado que en toda América Latina se ha dado desde inicios de los noventa un proceso de "emergencia indígena", a través de múltiples organizaciones, movimientos y reivindicaciones (Bengoa, José. *La emergencia indígena en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, cap.1, págs. 29-49).

³ El ex Director de CONADI, Domingo Namuncura, sostiene que, para llevar a un cambio institucional tendiente a la participación indígena en la toma de decisiones, "organismos como la

cias de diálogo y de acuerdo amplio no han tenido hasta ahora resultados sustantivos, lo que indica que no se ha producido un nuevo consenso sobre el tema⁴. Una clara excepción al respecto es el fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, que obligó al Estado chileno a anular una sentencia condenatoria de un grupo de dirigentes y campesinos mapuches por usurpación de tierras. No obstante, se trató de un logro conseguido a través de un organismo internacional, y en el cual probablemente la movilización mapuche en la Araucanía no tuvo mayor influencia.

En los medios de comunicación persiste, sin embargo, la representación de un conflicto en cierto modo creciente, protagonizado por el "pueblo mapuche", cuya "larga lucha" de liberación encontraría un apoyo cada vez mayor. En esto ha habido una notoria y extraña coincidencia entre dichos medios y cierta dirigencia indígena. Para ambos, los mapuches aparecen colocándose fuera de la ley para hacer posible la justicia; inclusive, para ciertos sectores juveniles urbanos, especialmente en Santiago, se han convertido en símbolos de rebeldía⁵. La línea editorial de *El Mercurio* y del Instituto Libertad y Desarrollo coincide con esta visión, aunque su valoración sea la opuesta⁶.

CONADI ya no son suficientes por sí solos... Se trata de una actitud política que deberá estar presente en los distintos ministerios, intendencias y gobernaciones y municipios del país, y será crucial establecer asesorías de expertos interculturales, capaces de establecer los puentes entre estas entidades y las comunidades indígenas" ("Los pueblos indígenas y los desafíos del 2000", en: *Políticas públicas y pueblo mapuche*, José Aylwin (compilador), Ediciones Escaparate, Instituto de Estudios Indígenas, Temuco, 2001, págs. 57-80. La cita es de la página 78. Más crítico es el intelectual mapuche José Mariman, para quien existe una continuidad básica de la política concertacionista con el modelo integracionista aplicado durante todo el siglo pasado, punto respecto del cual hay coincidencia con otros analistas mapuches. También respecto a que los efectos de dicha política son los opuestos a los esperados por el Estado: "las políticas estatales chilenas no parecen haber experimentado muchos cambios en el tiempo. Ellas continúan promoviendo asimilación a como dé lugar, pero logrando el efecto contrario de reforzar la identidad nacional mapuche" ("Políticas estatales frente a la cuestión nacional mapuche", en: *Rocinante*, Año IV, N° 35, septiembre de 2001, pág. 7). Parece que el Estado chileno, como el Mefistófeles de Goethe, "siempre desea lo malo y siempre consigue lo bueno", aunque esto todavía no indica qué solución viable existe para el conflicto Estado-mapuches.

⁴ En mayo de 1999, el Presidente Frei designó la Comisión Asesora en Temas de Desarrollo Indígena (Véase: *Informe de La Comisión Asesora en Temas de Desarrollo Indígena*, Mideplán, Santiago, 1999). Asimismo, entre marzo y julio de ese año, el entonces ministro de Mideplán llevó a cabo los Diálogos Comunes, que finalizaron con la firma del Pacto por el Respeto Ciudadano en agosto. A poco asumir, el Presidente Ricardo Lagos formó el Grupo de Trabajo sobre Pueblos Indígenas, al que sucedió, en marzo de 2001 la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, actualmente en funcionamiento (Véase: *Informe Final Grupo de Trabajo para los Pueblos Indígenas*, Mideplán, Santiago, 2000).

⁵ Hay más de un grupo musical que canta dichas gestas. También los recitales bajo la consigna "Marichiwek rock".

⁶ Respecto a *El Mercurio*, pueden consultarse las editoriales del día 18 de enero ("Atentados mapuches"); 31 de enero ("Conflicto mapuche"); 6 de febrero ("Aspiraciones secesionistas"); 16 de febrero ("Conflicto indígena y ort"); 14 de febrero ("Extrema pobreza y etnias"); 2 de marzo ("Conflicto indígena"); 11 de marzo ("Solución amistosa"); 8 de abril ("Conflicto mapuche"); 28 de julio ("Violencia en Temuco"); 30 de julio ("Extremismo en Araucanía"); 18 de septiembre ("18 de septiembre"); 28 de octubre ("Enfrentamiento mapuche"); 1 de diciembre ("Violencia en Arauco"); 16 de diciembre ("¿Estado de derecho?"); 24 de diciembre ("Freno al extremismo"). En cuanto al

Por otro lado, esta construcción mediática del mapuche rebelde es contradicha claramente por la repetida alta votación de los mapuches por los candidatos a diputados y senadores de la derecha en las recientes elecciones parlamentarias de diciembre. Durante el siglo xx, ha sido una realidad histórica indiscutible la preferencia de la población mapuche reduccional por los candidatos de derecha, es decir, por aquellos que están por el respeto irrestricto del "estado de derecho" y al ordenamiento político vigente. Este fenómeno no puede ser entendido como una división entre mapuches legalistas y anti-legalistas (oposición tradicionalmente asociada a la derecha e izquierda). Muestra la insuficiencia de las categorías bajo las cuales se quiere explicar el conflicto mapuche por parte de los medios de comunicación. Se podría producir la situación paradójica de que un mapuche vote en la mañana por la derecha, y en la tarde esté dispuesto a tomarse el fundo vecino, con la misma convicción de un propietario agrícola de derecha de ser "el dueño de la tierra"⁷. Pero, y éste es otro antecedente fundamental para una mejor interpretación, la tierra que se toma es para él, o en el mejor de los casos para su comunidad discreta, y no para el vecino, ni menos para el pueblo mapuche. Sus dirigentes conocen perfectamente esta limitación para la constitución de un movimiento político pan-mapuche. De allí que, desde 1999, distintos sectores hayan impulsado una estrategia de afirmación de identidades territoriales como forma de ir más allá del círculo de hierro del sistema reduccional⁸.

La dirigencia indígena sabe también de un segundo obstáculo: la interpretación de la pobreza mapuche como una deuda que el Estado u otros deben cancelar⁹. Inclusive, dicha deuda se extiende al plano cultural (la recuperación de la lengua, por ejemplo). La actual política indígena tiende a validar, en parte, esta representación, como también la *Comisión de Verdad y Nuevo Trato*. Sólo una organización, la Coordinadora Arauco-Malleco, cuestiona esta forma de entender la pobreza, pues piensa que con ello las comunidades pueden condenarse a la pasividad del necesitado. Es decir, el otro, el huinca, es el que debe

Instituto Libertad y Desarrollo, véase los Informes Políticos 66 y 71, de Eugenio Guzmán, Andrés Benavente y Jorge Jaraquemada, respectivamente.

⁷ José Bengoa da un ejemplo concreto, el de Juan de Dios Coliqueo, adherente de Jorge Alessandri y del Partido Nacional que, en septiembre de 1970, llevó a cabo la primera toma de terreno mapuche en la comuna de Lautaro. La familia llevaba cuatro décadas de gestiones judiciales para recuperar sus tierras. (Bengoa, José, *Historia de un conflicto. El estado y los mapuches en el siglo xx*, Planeta, Santiago, 1999, págs. 117-118). El estudio de Steenland sobre la reforma agraria en esta confirma que las ocupaciones llevadas a cabo por los mapuches no obedecían a criterios políticos, sino a antiguas reivindicaciones no satisfechas por el Estado chileno.

⁸ Puede consultarse: *Territorio mapuche y expansión forestal*, Sara Mcfall (Compiladora), Instituto de Estudios Indígenas, Ediciones Escaparate, Concepción, 2001. La mejor interpretación sobre la sociedad mapuche reduccional sigue siendo la de Louis Faron (*Los mapuches y su estructura social*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1969). También es muy aportadora la obra (inédita) de Florence Mallon, *La sangre del copihue: la comunidad mapuche de Nicolás Ailto y el Estado chileno, 1906-2000*.

⁹ Para un estudio reciente sobre los efectos de la pobreza en niños mapuches puede consultarse el trabajo de la Universidad de Chile: *Niños mapuches, crecimiento, nutrición y salud*, Hugo Amigo, Patricia Bustos y Marcia Erazo (Editores), Universidad de Chile, Santiago, 2001.

asumir la solución de los problemas mapuches. Otorgarle ese papel es al mismo tiempo privarse de la responsabilidad propia¹⁰.

Una tercera limitación se relaciona con el ámbito urbano¹¹. Todas las investigaciones muestran la escasa capacidad de movilización y organización de los mapuches residentes en ciudades, con la única excepción de los estudiantes universitarios de Temuco y Santiago¹². No obstante, hay algunos fenómenos nuevos que pueden tener un gran impacto a futuro. La frontera entre campo y ciudad se está diluyendo rápidamente, haciendo más fluidas las comunicaciones y contactos, y permitiendo una nueva configuración de los poderes locales, donde el municipio podría tener el rol central. Con todo, no está clara la fortuna de la apuesta política de los alcaldes mapuches (el más conocido es Adolfo Millabur, de Tirúa), de generar mayor poder propio y mayor autonomía.

Un cuarto problema es el de la atomización o segmentación del movimiento mapuche en múltiples organizaciones, cada una de las cuales se considera a sí misma como la genuina representante del pueblo mapuche. Es esta realidad la que hizo fracasar el intento de crear un Congreso Mapuche permanente¹³, y que ha llevado a que, en general, toda acumulación significativa de poder por parte de alguna organización o líder, lleva a la división del movimiento o a un conflicto con otros dirigentes u organizaciones. Naturalmente, los problemas planteados son complejos, y muchos de ellos son de larga data. Por ende, su solución es compleja y significará un largo proceso, aunque creemos que es posible al menos indicar algunas tendencias que podrían llevar a un cambio: primero, que los mapuches potenciaran su solidaridad interna, más allá de la familia y la comunidad de origen; segundo, que asumieran sus problemas como propios, y no meramente como algo derivado de un tercero; tercero, fueran capaces de generar estrategias efectivas de resolución de los mismos; cuarto, el sector urbano se incorporara activamente en este proceso junto al sector rural; y quinto, pudieran aunarse en torno a una organización político-reivindicativa, o al menos un conjunto importante de organizaciones concordaran en un trabajo mancomunado.

Desde este punto de vista, la pregunta más interesante (y acuciante) no es si el conflicto se va a mantener o no. Es altamente probable que así sea. Tampoco si su grado de intensidad se mantendrá, incrementará o decrecerá, lo que depende de diversos factores, que no viene al caso tratar aquí. La cuestión que nos parece más significativa es si se puede modificar el sentido de dicho conflicto. O sea, dejar de ser concebido por mapuches y huincas exclusiva o predominantemente como una relación de deuda entre el Estado y los mapuches. Como

¹⁰ Como bien lo vio Nietzsche en *Genealogía de la Moral* (Alianza Editorial, Madrid, 1991), la moral de la compasión consagra al caritativo como amo y al carente como siervo.

¹¹ Recuérdese que más de la mitad de la población mapuche vive actualmente en ciudades.

¹² Para una síntesis sobre la situación de los mapuches en Santiago, puede verse la Tesis de Nicolás Gissi, *Asentamiento e identidad mapuche en Santiago: entre la asimilación (enmascaramiento) y la autosegregación (ciudadanía cultural)*, Universidad Católica de Chile, Magíster en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente, Santiago, 2001 (inédita).

¹³ El primer y único congreso se realizó en Temuco en noviembre de 1997.

vimos, esta relación atribuye al Estado la responsabilidad de devolver lo quitado y reponer lo perdido, y coloca a los mapuches en la doble condición de demandantes y carentes. Distinto es si se pone el acento en la propia sociedad mapuche, y en sus problemas como algo que tienen que enfrentar primero por sí mismos, y sólo a partir de esto, definir una nueva relación con el Estado y la sociedad chilena. En el sector etnonacional del movimiento mapuche se encuentra ya el germen de este cambio de perspectiva y de actitud. Ahora bien, la idea de dicho sector de reconstruir la "nación mapuche" contiene un momento esencialista, al naturalizar la idea de nación de manera simétrica al Estado-nación chileno.

Distinta es la postura de otro sector significativo de intelectuales y dirigentes chilenos y mapuches, para el cual la noción de deuda histórica debe ser reformulada. Por un lado, debe entenderse como expresión de vínculos históricos concretos entre actores sociales específicos, y no referirse a la idea de lazos primordiales naturales. Por otra parte, dichas relaciones no han sido simétricas ni igualitarias, sino que han tenido un carácter profundamente desigual y negativo para los mapuches. De lo que se trata, en esta perspectiva, es de generar nuevos vínculos, en los que las decisiones y responsabilidades sobre el destino de nuestros pueblos indígenas sean compartidas, permitan un grado creciente de autonomía de su parte y no involucren exclusivamente al Estado, sino también a la sociedad civil chilena¹⁴. ¿Qué responsabilidad tiene ella en esto?¹⁵. Una muy significativa, y que no resulta obvia para nosotros, porque se ha naturalizado¹⁶. Nadie cuestiona la inversión que hace el Estado en la cultura chilena. Por la misma razón, nadie se sorprende que, de las muchas lenguas que se hablan en el país, la única oficial sea la castellana; o que en nuestra historia y en la legislación que dominó casi todo el siglo XX, los mapuches aparezcan como "aborígenes", "indios" o, en el mejor de los casos, como grupos étnicos. En cada esfera de nuestra vida social podríamos seguir constatando estas asimetrías. Ahora bien, estos procesos de asimilación o "integración" de los mapuches al estado nacional, sólo en la última década han comenzado a ponerse en cues-

¹⁴ Por ejemplo el planteamiento de Curin y Valdés: "La autonomía no será posible, si no se entiende como la suma de múltiples autonomías territoriales... la autonomía es un problema que requiere una doble solución, por un lado, los estados nacionales y sus ciudadanos deberán reconocer la viabilidad ética de un proyecto autónomo y, en segundo lugar, corresponde al pueblo mapuche comenzar a construir decididamente las condiciones objetivas y subjetivas para lograr una equilibrada correlación de fuerzas, puesto que la autonomía no será un regalo de los estados nacionales, habrá que ganársela" (Eduardo Curin y Marcos Valdés, "A los intelectuales; o, de cómo resulta necesario repensar la cuestión mapuche", en: *Pueblo Mapuche: desarrollo y autogestión*, Sandra Pérez Infante (Compiladora), Ediciones Escaparate, Temuco, 2000, págs. 155- 182. La cita es de la página 175.

¹⁵ Un buen panorama de la mirada de la sociedad civil chilena sobre los mapuches se encuentra en los trabajos contenidos en la revista de la Universidad de Chile *Perspectivas*, Vol. 3, N° 2, año 2000. Tres de los cuatro artículos han sido reproducidos en un libro recientemente publicado en Temuco (*Políticas públicas y pueblo mapuche*, José Aylwin (Compilador), Ediciones Escaparate, Instituto de Estudios Indígenas, Temuco, 2001), con comentarios de tres académicos mapuches.

¹⁶ Aunque sí para un extranjero sensibilizado con el tema de las minorías, que se percata inmediatamente de esta asimetría.

tión en la opinión pública, y no sabemos cuáles van a ser sus resultados y derrotos. Lo que sí está claro es que nuestro multiculturalismo es incipiente y mientras no florezca en la sociedad civil –que incluye por supuesto a la mapuche– habrá pocas posibilidades de un trato diferente a las minorías étnicas o nacionales.

Sin duda que la construcción de un Estado que reconozca y valore la diversidad cultural en Chile, un estado multicultural, es un horizonte deseable para la mayoría de los participantes en el debate emergente sobre el tema. Sin embargo, el único actor colectivo que impulsa hoy un proceso de este tipo son algunos intelectuales y dirigentes mapuches. Para que este pudiera tener éxito sería necesario, por el contrario, contar con una gran participación institucional y ciudadana, tal como lo plantea José Quidel Lincoleo, lonko de Truf Truf, y académico de la Universidad Católica de Temuco:

Así como el Estado se ha preocupado por más de cien años de desestructurarnos, podría otros cien años pensar en reestructurarnos. Eso significa que todos los estamentos deben trabajar conjuntamente y conscientemente para ese objetivo: escuelas, salud, justicia, cultura e iglesias. Porque todos deben asumir su parte, porque todos han contribuido y han sacado su parte. Las iglesias han quebrado, si no totalmente, gran parte de la religiosidad mapuche; la salud ha desprestigiado y subvalorado a la medicina mapuche; las estructuras estatales han desconocido a nuestras autoridades propias y han impuesto las de ellas. La educación ha restringido, castigado y expulsado, la lengua, el conocimiento, la cultura y toda manifestación mapuche en el niño. Asimismo la justicia, en tanto, jamás aceptó las normas mapuches y los fundamentos de la jurisprudencia propia¹⁷.

Como se puede apreciar, los desafíos a que nos enfrentamos son numerosos, pero si se logra que la sociedad mapuche y chilena, y no sólo del Estado y la dirigencia indígena, se involucren en este proceso de cambio, que tendría que potenciar la resolución autónoma de los problemas mapuches, podrían darse un cambio efectivo y positivo respecto de los conflictos étnicos en nuestro país. Hay siempre razones para ser pesimistas acerca de la viabilidad de esta propuesta. Los obstáculos culturales a una apertura a la diversidad cultural y étnica son muchos¹⁸. También hay limitaciones de orden político y económico. Con todo, existen tendencias que podrían potenciar una transformación como la señalada. Como escribió una vez Walter Benjamin: “sólo gracias a los sin esperanza nos es dada la esperanza”.

¹⁷ “Las relaciones interétnicas desde la perspectiva mapuche”, en: *Acercamientos metodológicos hacia pueblos indígenas*, Teresa Durán, Esperanza Parada y Noelia Carrasco (Editoras), Universidad Católica de Temuco, Temuco, 2000, págs. 115-122. La cita corresponde a la página 122.

¹⁸ Véase, al respecto: Rolf Foerster, “Nacionalismo y cultura mapuche”, en: *Polis*, Vol. 1, N° 2, Universidad Bolivariana, Santiago, 2001, págs. 87-110.